

Va a ser difícil escapar de esta ratonera.

Pasa a la sección 5.

21

Una noche encapotada os oculta a todo el mundo.

Los tres avanzáis agachados hacia el sudeste. El Mayor Breese por delante.

Tras dar el santo y seña a unos centinelas metidos en un cráter, atraviesas una valla metálica rota que antaño era una filigrana de forja con formas vegetales.

Ante vosotros se alza un edificio, encalado en blanco, con el techo semiderruido y una gran cantidad de cascotes alrededor. Las paredes muestran signos de combate: varios agujeros de distinto calibre.

No hay nadie a la vista, pero podéis ver la luz de los pitillos de los fumadores por el patio, metidos en zanjas o cráteres.

Detrás de la casa hay dos pistas de tenis completamente inutilizadas por las bombas.

Es un caserón de alto nivel económico.

Sigues al Mayor que se adentra en la oscuridad de la puerta principal tras subir los único tres peldaños del porche.

Dentro todo es una ruina. Las paredes derrumbadas en su mayoría. Solo sigue en pie una escalera semicircular que sube al primer e inexistente piso.



Como si fuera una escalera de fe hacia el cielo.

La única luz ténue procede de una puerta que da al sótano, donde parece haber actividad.

Korob y tú bajáis tras el Mayor. Al final de la escalera Breese tienes que ayudarlo antes de que caiga. Su piel está ardiendo.

Le queda la energía justa para llegar a un sótano iluminado por la luz de velas y tirarse en una manta del suelo que una agradable mujer de edad avanzada coloca previamente.

—Traemos al Mayor Breese, del 1er Regimiento Fronterizo —informas en inglés—. Tiene fiebre.

—Lo conozco, chico.

El hombre que te contesta es alto, con la frente ancha y pelo blanco. Lo más característico de su cara es un enorme bigote canoso cuyas puntas giran hacia arriba. Su porte es altivo. Parece ser alguien importante por su caro y polvoriento traje.

—A ustedes no les conozco —continúa—. Soy De Jonge, el inquilino de esta casa. No se preocupen por Charles, se pondrá bien. Anna, trae la malta que tengo guardada.

La mujer sonríe y marcha en busca de aquello.

—Somos polacos, del 3er Batallón Paracaidista —os presentas—. Yo soy Marek y el Korob.

—Buenas noticias entonces. ¿Han podido cruzar el río? ¿Cuántos son?

—Solo pudimos cruzar una treintena. El río es un infierno.

—Lo sabemos. Pero, bueno, al menos la intención es enviar refuerzos. Vengan y descansen un poco. Por la mañana podrán llevarse a Breese—indica adentrándose en el enorme sótano.

A ambos lados del pasillos, los heridos permanecen tumbados o sentados. Crees que algunos ya han muerto. El sótano está atestado de británicos con heridas de diferente gravedad.

—Hacemos lo que podemos con ellos —os dice al ver vuestras compungidas caras—. Pero no nos quedan medicinas y la comida escasea.

Os indica una esquina libre en una de las salas.

—Descansen esta noche aquí. Estarán seguros. Los alemanes respetan la cruz roja.

Le das las gracias y devoras una manzana que trae un niño. Por el parecido debe de ser nieto de De Jonge. De hecho has visto varios civiles cambiando vendas o lavando heridas.

—Estamos condenados Marek —sentencia Kobro justo antes de caer dormido.

—Es posible, amigo, es posible... —respondes.

Te atemoriza volver a dormir y tener otra pesadilla, así que intentas mantenerte despierto.

Pasa a la sección 208.

